

Grupo de trabajo

La instancia de la letra. ¿Llegamos a la *Estación Lacan*? No, ¡llegamos a la *Estación Freud*!

Diálogos en un “entre”

Estación 1: Sidnei Goldberg

- “Llega un tren a la estación. En un camarote un niño y una niña, hermano y hermana [...] ¡Mira! dice el hermano, ¡llegamos a Mujeres!; Imbécil!, responde la hermana, ¿no ves que estamos en Hombres?”

Los temas de identidad e identificaciones están presentes en las teorías de Freud y Lacan desde el inicio de cada una de ellas. Hay un doble movimiento en el sentido de demostrar la constitución del Yo, por un lado y, por otro lado, el proceso de desalojar esta instancia, el Yo, del lugar de señorío en su propia casa, como nos dice Freud refiriéndose a la herida narcisista provocada por el psicoanálisis y su invención del Inconciente.

Lacan inicia su seminario sobre el tema de la Identificación llamando la atención sobre el hecho de que en esta operación lo que pensamos en primer lugar es el otro a quien nos identificamos.

- Identifíquese ante el portero. Imperativo ambiguo para un psicoanalista o un poeta, pero que pretende operar una segregación de clases a través de puertas. – Mi nombre es Fulano, vine a visitar a Sicrana del departamento 42. – ¿Vino a hacer una entrega? La entrega es en la puertita de al lado, dice el portero por el intercomunicador, desde su garita blindada. – Vine a entregarme a mí mismo, soy amigo de Sicrana, responde entre agresivo y burlón el que quiere entrar por la puerta de los no sirvientes.

Siempre es con un otro que podemos identificarnos. Ídem es el radical, presente en las palabras identidad e identificación. Lacan señala este radical latino que remite a la noción de igualdad al comienzo del mencionado seminario.

Este otro al que podemos identificar puede presentarse de innumerables formas y puede adquirir distintas funciones en la vida de las personas. Podemos identificarnos con una imagen, como suele ocurrir con los bebés en la operación bautizada por Lacan como estadio del espejo. Podemos identificarnos con nombres, apellidos -antes de la Segunda Guerra Mundial, en la Alemania nazi, los hombres y mujeres judíos eran obligados a agregar los nombres Israel o Sara a sus nombres de bautismo-; desobedecer esta regla implicaba la muerte. Podemos identificarnos o ser identificados por tonos de color de piel, por género, por formas de gozar, por preferencias religiosas, políticas y tantos otros trazos como podemos imaginar. Una gran diferencia que podemos establecer en este proceso es el uso del trazo diferenciador. Su uso en estado de signo o en estado de significante produce la diferencia entre una cristalización alienante y propicia la segregación, o una propiedad creadora y potencialmente propulsora. Lacan señala esta posibilidad de los trazos, y específicamente del llamado trazo unario, de pasar de un estado a otro en su seminario dedicado al tema de la Angustia.

A partir de un importante movimiento antisegregacionista llegamos al actual momento histórico a una cifra: LGBTQIAP+. ¿Cuál es la posición de los psicoanalistas frente a este abanico de posibilidades de trazos identificadorios? Antes de que arriesguemos a una simulada respuesta, conviene hacer un recordatorio. Fue Freud quien señaló en su texto *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), refiriéndose al objeto de las pulsiones, que para cualquier ser humano lo normal es siempre lo accidental. Que la norma es que los objetos encontrados contingentemente produzcan satisfacciones. Las ligaduras que nosotros -humanos, hablantes- establecemos con los objetos que causan nuestro deseo son ligaduras desnormatizadas, y eso es lo normal. A partir de ese encuentro casual, acontecen las fijaciones. Este es quizás el punto principal traído por Freud al tema de la sexualidad. En cuanto al tema de género, a pesar de no utilizar esta terminología, señaló que masculino y femenino son oposiciones que no figuran en el inconsciente. En el inconsciente, la oposición que precede a ésta es entre activo y pasivo y entre castrado y no castrados (posibilidades de lugares lógico-discursivos para cualquier hablante, Lacan avanzará a partir de estos puntos freudianos).

En el seminario *Les non-dupes errent*, Lacan, continuando ese viaje inicial en tren, reiterará que el hombre y la mujer son sólo significantes y que, por tanto, para volverse hombre o mujer habría que autorizarse, desde uno

mismo y desde algunos otros, de la misma manera que para convertirse en analista.

Luego de referirse a la dicotomía entre el estado de signo y el estado de significante, siguió avanzando y comenzó a hablar de identificaciones propiciatorias de identidades en términos de haz, ramillete o enjambre de significantes.

En esta medida, parece claro que no corresponde a los analistas legislar, censurar, ni señalar ningún tipo de regulación respecto de las elecciones identitarias que los seres hablantes pueden inventar a lo largo del tiempo. Lo que tal vez nos conviene, en consonancia con nuestra ética, es saludar el símbolo + de la cifra referida. Porque su presencia funciona en este caso de manera análoga al objeto *a* inventado por Lacan en su funcionamiento en el discurso analítico. Este símbolo + recuerda a cada una de las letras que le preceden que ninguna lista de posibilidades identitarias será exhaustiva, ya sea en el plano existencial o en el plano de los ejercicios de goce y que las fijaciones son en realidad ficciones; y que todo movimiento y novedad serán bienvenidos y ya están previstos precisamente por la presencia de este símbolo que apunta al uno más. Como *Las mil y una noches*, de Scherezade.

Estación 2: María Teresita Pullol- Silvia Cabrera- Karina Rotblat

Resonando tanto en la escucha clínica cotidiana, trayendo a esta convergencia que nos pregunta por la ética hoy, nos interrogamos entonces, ¿por qué en el campo del psicoanálisis identidad e identificación están enfrentadas, instalándose un versus entre ambos significantes?

Como psicoanalistas trabajamos la identificación, nombre con el que tituló su enseñanza durante un año Jacques Lacan, pero escuchamos también en la clínica lo que de la identidad insiste.

Sabiendo que la identidad coagula y fija desde el plano imaginario, y que aludimos a lo simbólico al hablar de proceso y movimiento de identificación, un cuestionamiento que se nos arma a partir de la escucha hoy es ¿cómo transitar desde un significante al otro sin que esto nos lleve a la contienda o a la censura de conceptos en nuestro campo?

¿Qué hay de un lado y del otro del versus instalado?

El vocablo identidad, desde los filósofos clásicos, tenía un único significado, el de su raíz etimológica —latina— *identitas*, es decir, "igual a uno mismo" incluso "ser uno mismo" o lo que se conoce como *principio ontológico de identidad* ($A=A$) La palabra "identificación" está formada con raíces latinas y significa "acción y efecto de reconocer, dar datos para ser reconocido, compartir las mismas creencias". Sus componentes léxicos son: *identitas* (identidad), *facere* (hacer), más el sufijo *-ción* (acción y efecto).

Recorriendo el campo de las identificaciones, se sale de "la dialéctica del ser" para ingresar a la del "tener". En el primer tiempo del Edipo "bastaba con ser el falo", en el segundo se trataba de "ser o no ser el falo" mientras que en el tercero la situación es la de "tener el falo". La identidad siempre viene asociada a una afirmación acerca del ser, pero también en la clínica escuchamos cómo el amarramiento a algunas identidades propicia el advenimiento del sujeto, en tanto que la identificación a las masas, muchas veces lo obstaculiza.

El tránsito por las identificaciones implica una complejidad texturada por los tres registros. Si del fantasma se trata, la respuesta a la interpelación del Otro está en parte acuñado en términos de goce pulsional, y está marcada por la naturaleza parcial de los objetos del goce. La identidad se opone a lo parcial, al contrario, empuja a la inclusión en un conjunto con aspiraciones a la totalidad. Si el fantasma responde desde una elección singular de goce, la identidad lo hace instando a participar de un colectivo que reúne a varios sujetos.

En el decaimiento del nombre del padre, ¿asume heroico el padre del goce, que insta a la masificación, que no habilita a la instauración del deseo del sujeto, subsumidos todos en el goce de una insignia o lema a veces con una única identidad posible? ¿Cómo transitar una articulación? La singularidad de la práctica analítica trae en su estofa el agujereamiento de esa fijeza identitaria. ¿Cómo franquear estos colectivos necesarios sabiendo de la solidaridad que también encara un determinado movimiento de masas cuando se trata de hacer valer los derechos del vulnerable?

Nuestro trabajo, siempre caso a caso, uno a uno, será distinguiendo en la praxis, la causa "buena y justa" colectiva, y cómo se entrama fantasmáticamente, para no quedar coagulado en la identidad de la masa,

porque sabemos que la ética del psicoanálisis insta a no ceder en el deseo, deseo singular y único que puede estar en "causa". Si ella viene de la mano de un colectivo, la praxis indicará en la dirección de la cura, operaciones propiciatorias que puedan dar cuenta de la singularidad subjetiva, y del objeto que está en juego en esa causa. No olvidamos así, una acepción de "identidad" que hace alusión a lo que por estructura en la dirección de la cura traza el derrotero de lo imposible....en tanto la identidad de percepción es imposible, pero justamente allí reside la motorización del deseo.

La propuesta por aquello que resuena de la identidad en la clínica, ese Actual que a veces no lo es tanto, y que nos convoca desde la propuesta de este congreso, es tomar ese rasgo que llega, para de ese *lo mismo* direccionar en la cura hacia un *acto*. Si la identidad conlleva etimológicamente ese *lo mismo*, y la identificación, también desde sus raíces conlleva el *facere* del hacer, hay un acto implícito en ese pasaje; de un lo mismo a un hacer. De la masa a la extracción de singularidad, pasajes que aspiramos a que no nos dejen rechazando prejuiciosamente sino propiciando una transición entre lo mismo y un acto que conlleva la diferencia. Un acto que tenga el estatuto de Psicoanalítico.

Aunque la Identificación es un proceso subjetivo en el que el Otro es tomado, incorporado en sus tres dimensiones R, S, I. y, por otro lado, la Identidad, responde a una pregunta en relación al yo, en relación al ser imaginario jugado en esa estructura, también advertimos, sobre todo en nuestra práctica clínica, que esa respuesta nunca es del todo acabada, en tanto no puede abarcar de forma completa, aunque así lo pretenda, la totalidad de la dimensión imaginaria del yo y lo que, allí, queda comprometido del sujeto.

Si bien, la Identidad es el resultado del proceso identificatorio por el cual el yo se apropia de las marcas del Otro para constituir las marcas propias, nos preguntamos, entonces, si se puede pensar la Identidad no como un producto acabado, cerrado sino como un reconocimiento del ser que se apoya en una falta estructural. Allí donde el yo no puede responder por el ser siempre de la misma manera sino a partir de las marcas que se ponen en juego en cada una de las situaciones de la vida.

Estación 3: Maria Ângela Bulhões (APPOA)

-El primer proceso de identificación que Freud nos presenta es la identificación primaria con el padre. Él nos dice que este es el primer lazo afectivo con algún elemento externo. En Lacan, hablamos de la constitución del sujeto que ocurre en la diferenciación con el primer Otro. Es la inscripción del trazo unario lo que hace la inauguración de la cadena significativa y produce la función de garante para lanzar el objeto en su metonimia. Siempre estará en cuestión para el sujeto el proceso de alienación en la continuidad de ser para el Otro, así como la constitución de la diferencia a través de la identificación con el trazo que hace la diferencia. La identificación con el trazo participa en la constitución de un YO. Pero un YO que no logra producir la esencia de su ser, ya que siempre se presentará incompleto.

En la clínica nos encontramos con casos en los que escuchamos sobre una cierta búsqueda para constituir una refundación de sujeto. Una oportunidad para empezar de nuevo, donde el significante nuevo instauraría el deseo de producción de la diferencia. Un nuevo nombre, un nuevo lugar geográfico, un nuevo género, una nueva forma de vivir, etc. Por lo tanto, podemos reflexionar que el discurso analítico propuesto por Lacan inserta en su fórmula la producción de un nuevo significante S1 que sería posible como resultado de un análisis. ¿No estaría en cuestión en un análisis la refundación del sujeto de forma menos alienada al discurso del Otro? En el discurso del analista, encontramos al sujeto dividido, el analista en la posición del objeto como causa de deseo y el saber inconsciente como verdad proveniente de esa división. Y un nuevo S1 como producción de esa operación en el análisis.

Las formas que alguien encuentra e inventa para insertar el significante nuevo siempre estarán vinculadas a la batería significativa que trabaja en esa historia/discurso del Otro. Ciertamente, el significante nuevo exige más radicalidad cuando la repetición del mismo se presenta amenazadoramente. Sabemos que la identidad a veces puede tomar una forma única que produce fijeza, pero también puede presentarse como mutación constante sin punto de parada. Estas identidades están imaginariamente fijadas o imaginariamente infinitas en la medida en que se toman para dar consistencia a un Yo completo.

Al analista le interesa el proceso de identificación que está permitiendo o no alguna condición de sujeto. En el análisis trabajaremos para, en el

encuentro con la fijación, crear el movimiento y, cuando el movimiento es ininterrumpido, crear puntos de parada. En definitiva, posibilitar nuevos procesos identificatorios que permitan nuevos reordenamientos. Constituir e insertar nuevos significantes que puedan hacer valer el significante Nombre del Padre en la forma de Sinthoma. Una cierta invención de sujeto.

Es en la condición de hablar de su sufrimiento que alguien busca análisis. Viene a hablarnos sobre lo que anda y sobre lo que no anda en su historia. Lo que se mueve y lo que paraliza. De donde cree no poder salir. Pidiendo soluciones, comienza a contar sobre su laberinto histórico. Sus referencias, sus identidades y dónde se ve solo repitiendo. Todas las elecciones para avanzar en las posibilidades de vida creativa y de producción de deseo van en línea con una clínica del sujeto.

Estación 4 - Elaine Starosta Foguel (APPOA)

El siglo pasado ha sido testigo de genocidios en escalas inmensas que han resultado en la muerte de decenas de millones de personas. Aquí no estamos hablando de guerras, sino de gobiernos totalitarios que se basan en el exterminio de parte de su propia población civil.

Así fue en Alemania, Rusia, China, Turquía, Ruanda, entre otros países. La llegada al poder de un grupo inicialmente pequeño pero que crece rápidamente y se transforma en una masa ferviente, cuyo líder es una criatura fanática de sus propias ideas, resulta en la toma del poder por las fuerzas armadas y subyuga a todos estableciendo el terror y el genocidio, que es perpetuado como una estrategia para mantener el poder. Recientemente, en nuestro país, el desprecio del gobierno anterior por la salud de la tribu Yanomami diezmo a gran parte de su población y, como ya hemos dicho, el genocidio yanomami.

Como ya ha aclarado Imre Kertész, "Tenemos que visualizar claramente: ningún totalitarismo de partido o de Estado puede existir sin discriminación, y la forma totalitaria de discriminación, a su vez, es necesariamente el genocidio" (KERTÉSZ, 2004 p.69).

Después de la Primera Guerra Mundial, Freud comenzó a ocuparse de la psicología de las masas, que mostraría su poder letal algunos años después. Sugiere que la fuerte identificación con un rasgo unario de un líder

lleva al sujeto a abandonar sus censuras originales y a adoptar una forma colectiva de pensar, sentir y evaluar. Como en una pasión o como en una hipnosis, la imagen y las palabras de un desconocido consumen el yo: “[...] en la ceguera del amor, la falta de piedad se lleva al extremo del crimen. La situación total puede resumirse enteramente en una fórmula: el objeto ha sido puesto en el lugar del ideal del yo” (Freud, 1921 p.143-144).

^[1] En estos casos, las otras dos formas de identificación neurótica, el amor al padre y la identificación con el síntoma del Otro, están subsumidas al nuevo *ideal del yo* que gobierna el goce de cada uno en el grupo de adeptos, generando una continuidad entre la constitución libidinal del sujeto y aquella del grupo: un *rasgo unario de identificación* con el líder opera una verdadera mutación en los vínculos, en los afectos, en los valores, en el vocabulario y en la ética de los seguidores de la masa .

El goce fálico, constituido por cada sujeto en su civilización, pierde sus bordes y se contamina con la pulsión de muerte, con el sadismo, con la perpetuación de la atrocidad. Es una nueva estructura psíquica que emerge, capaz de palabras y acciones que la *polis* regulaba hasta entonces

Sorprende la fragilidad de las operaciones de falta, que parecen desmantelarse en el fanatismo de la horda violenta. Nos vemos obligados a afirmar que las operaciones que propician la castración al goce y el acceso al orden fálico pueden ser simplemente estados transitorios en algunos sujetos en la civilización.

^[1] ^[1] KERTÉSZ, Imre. *A língua exilada*. São Paulo: Companhia das letras, 2004.

FREUD, Sigmund. *Psicología das massas e análise do eu*. Rio de Janeiro: Imago Editora Ltda, 1976.

Estación 5: Ana Virginia Nion Rizzi

En este Grupo de Trabajo se trabajaron algunos apuntamientos a respecto de la identificación e identidad. Las vertientes para pensar las categorías fueron a través de los fenómenos transitaron en dos sentidos: los que se refieren al enigma de la llamada identidad sexual, y los que se refieren a los fenómenos de identidad de una nación/pueblo/masa.

A través de estos ejemplos, tratamos de encontrar el punto de ruptura entre uno y otro, así como las posibles conexiones; y más, los límites para ambas categorías, identificación e identidad.

En fructíferas discusiones encontramos hilos que conducen de uno a otro cuando se trata de los marcos de identificación imaginaria para pensar los fenómenos identitarios.

Los ejemplos trabajados iban desde los sujetos, cuando hablamos de identidad sexual, hasta los efectos de masa, cuando se trata de los fenómenos de la nación/pueblo.

Para trabajar la identificación imaginaria nos remitimos a Freud (1921) en Psicología de las masas y análisis del yo donde aprendemos los tres tipos de identificaciones: al padre, al rasgo y al deseo del deseo. Estas tres identificaciones freudianas estarían del lado de la constitución del yo en su aspecto imaginario.

Del lado del yo moi, especular, rivalizante, que puede penetrar las aceras en la violencia, más allá de la útil tensión narcisista. Ella está puesta en el sentido de que crea un remanente capaz de provocar la causa del deseo de elaboración.

Cuando las fronteras se rompen por la violencia para dominar, someter, extraditar y usurpar al otro, estamos entrando en la política persecutoria y paranoica de exterminar lo diferente. Así, mencionamos ejemplos de efectos de masa, en regímenes dictatoriales identificados con cierto rasgo de líder/padre/amo/señor.

Al trabajar sobre los límites posibles de la identificación/identidad imaginaria, aludimos a las versiones real y simbólica de la ley. Pensamos en las posibles relaciones entre una cierta decadencia del Nombre-del-Padre para tener efectos de masa con un carácter más segregacionista.

De esta forma, la precariedad simbólica y real trae aspectos cada vez más violentos y segregacionistas que cuestionan lo que se transmite desde el padre y que posibilita la identificación con lo real desde el padre muerto.

El intento homogeneizador y la idea de que se haga universal, es decir, para todos, en su aspecto imaginario como forma de marcar algo que vendría del Nombre-del-Padre, tal vez da señales de cierto declive. ¿En qué sentido? En el sentido de que el padre es el padre muerto para dar

paso a versiones minúsculas del padre. Sabemos que puede haber versiones del padre y no una versión "La" del padre. Los efectos de estar marcando algo diferente cada vez, no parece estar en un terreno donde se pueda transitar y transmutar. Algo tal vez aparece como tratando de marcar con consistencia imaginaria que necesita ser inscrito como diferente, tratando de liquidar las diferencias en un estatuto imaginario

.....

Estación 6 : Deise Stein

Si la identificación es el medio por el cual el sujeto se singulariza, la identidad es lo que le permite reconocerse como singular. Se trata de dos nociones muy próximas y al mismo tiempo distantes. Las identificaciones son las que aseguran una identidad.

La primera identificación se da en el registro de lo imaginario, es narcisista, donde aparece el "yo". También está la identificación simbólica, que Lacan designó como identificación del significante. Este último encuentra su fundamento en el trazo unario, elemento que está en la base de la cadena simbólica y que remite a lo irrepresentable. Sin él, los demás significantes no representarían nada. Es decir: este irrepresentable tiene la función esencial de sostener la cadena significativa misma. Es el significante que funda la cadena, el trazo a partir del cual un sujeto puede contarse a sí mismo.

La identificación es siempre parcial. La identificación con el rasgo promueve la constitución de un yo que siempre se presentará incompleto, ya que el sujeto se identifica con otros, pero tiene que separarse para existir. Según Soler, la identidad es lo contrario del extravío, y la separación es lo contrario de la sujeción.

Al proponer el concepto de trazo unario, Lacan pretende señalar lo que hay de radicalmente único en el sujeto, marcando su lugar singular en el campo del lenguaje; es aquello por lo cual cada uno puede ser "uno", soporte de la marca de singularidad, al mismo tiempo es un signo de identidad y de diferencia en sí mismo. Lo que caracteriza a la unidad del significante es ser pura diferencia, se constituye por oposición a los demás elementos significativos de la cadena.

Volviendo a la identificación imaginaria, es pertinente comentar la importancia del imaginario en la constitución del sujeto, a través de la mirada del Otro materno para que el yo pueda constituirse como una imago que representa un cuerpo dibujado por los rasgos del deseo del

Otro. El estadio del espejo atestigua de una identificación -se forma algo en lo que el bebé puede identificarse-, instalando la formación del cuerpo imaginario, dando consistencia a su cuerpo fragmentado, un cuerpo unificado por la imagen especular que le da un atributo de completud. Es un momento necesario en la formación del yo, sin el cual la constitución del sujeto podría verse irrevocablemente perjudicada.

Como la identificación con la imagen pretendidamente totalizadora del espejo en el que se produce una asimilación de una imagen especular, toda identificación que busque una identidad de completud, un cierre de sentido, dentro de un ideal de identidad es imaginaria.

La identificación simbólica, en cambio, hace agujero, falta, viene como suplencia de la engañosa totalidad de lo imaginario, abriéndose a la significancia, en la que el sujeto adviene del efecto de un significante. Donde lo imaginario busca un cierre de sentido, lo simbólico aparece como una apertura a la significación, donde la identificación imaginaria presupone una identidad permanente, la identificación simbólica está marcada por la sustitución sucesiva en una serie de identificaciones.

La identificación siempre se da en trazos, por el enlace con los trazos del otro. Es lo que me captura del otro. Es la marca del otro en mí. El análisis es lo que permite producir una costura en las identificaciones.

Estación 7: Rosane Ramalho (APPOA)

La relación entre la identidad y las identificaciones es un tema crucial en estos días, tanto por la importancia que tiene en la teorización y en la práctica psicoanalítica, como por el impacto que los movimientos identitarios han tenido en el escenario político-cultural actual. Tales movimientos identitarios han movilizad con fuerza no solo demandas de reconocimiento, sino también críticas dirigidas a teorías, instituciones, campos de conocimiento y prácticas, que han sido señalados como silenciosos pero poderosos participantes en los procesos de opresión, exclusión o segregación de personas o grupos.

El campo psicoanalítico no fue ajeno a todo este movimiento histórico. La discusión sobre las identidades ha suscitado acalorados debates, tanto entre psicoanalistas y militantes, como entre psicoanalistas que defienden diferentes posiciones respecto a estos movimientos y sus repercusiones en la clínica y en la vida social. Las intensas discusiones promovidas

recientemente en torno a los libros de Elisabeth Roudinesco, *El yo soberano: ensayo sobre las derivas identitarias*, y de Paul Beatriz Preciado, *Yo soy el monstruo que os habla: informa para una academia de psicoanalistas*, ilustran bien este proceso.

Las llamadas “luchas identitarias”, como las de la causa LGBTQIA+ y el movimiento antirracista - a pesar de que, para algunos, siguen siendo consideradas simplemente como fenómenos de masas (y por tanto totalizadoras) - consisten en procesos necesarios para promover transformaciones en la cultura que permitan el reconocimiento del ejercicio de la condición de sujeto a quienes, viviendo en la marginalidad, y en situación de aniquilamiento o segregación, ven esta condición negada o restringida.

Actualmente, asistimos a varias luchas antirracistas, lideradas no solo por el movimiento negro, sino también por blancos que, al asumir la situación de privilegio que tienen, es decir, al admitir el papel de la blancura en el mantenimiento silencioso racismo estructural en nuestra cultura, se involucran en la transformación de esta situación, asumiendo la identidad racial de blancos para denunciar la estructura naturalizada de privilegios de los cuales se han percibido como beneficiarios.

El problema surge cuando la pretensión o asunción de la identidad da paso a la fijación de la identidad.

En el prefacio del libro de Asad Haider, *Identidades mal entendidas: Raza y clase en el retorno del supremacismo blanco*, Silvio Almeida, actual Ministro de Derechos Humanos de Brasil, escribe que “el ‘mal entendido’ del que habla Haider es no tener en cuenta la identidad en los análisis de la sociedad, sino en analizarlo como si fuera algo externo a las determinaciones materiales de la vida social”. El mal entendido es perder de vista que la identidad es un punto de partida para la transformación estructural de la sociedad, y no un fin en sí mismo

No podemos ignorar el hecho de que Brasil fue el último país occidental en abolir la esclavitud de los negros, ni ignorar las marcas simbólicas que tal historia imprime en nuestra cultura. Hechos bastante comunes son ejemplo de ello: un grupo de jóvenes va a una fiesta y sólo revisan a la única persona negra en la entrada; alguien dice sentir miedo cuando se encuentra con una persona negra en una calle desierta; el hecho de que en las cárceles la

población carcelaria esté compuesta mayoritariamente por personas de raza negra; el número de personas asesinadas injustamente por la policía, simplemente por el color de su piel. La naturalización del verdadero genocidio de jóvenes negros y pobres en Brasil es la mayor evidencia de ello.

Algunos psicoanalistas insisten en ver estas luchas identitarias como simples fenómenos de masas, otros piensan que promueven la fijación de una identidad, también en una perspectiva de plenitud. Por supuesto, en ciertos casos esto puede suceder. Como lo que pasa con muchas personas que vienen a nosotros con una identidad cristalizada que necesita ser cuestionada. Sin embargo, una estrategia de afirmación identitaria puede posibilitar algo diferente: la resignificación de una identidad conotada negativamente, que ya no se toma como una descalificación, sino en una atribución de valor positivo, permitiendo así al sujeto, a partir del reconocimiento de los rasgos identificadores de su historia, el acceso a otra forma de existencia.

Despreciar la importancia de estas luchas por el reconocimiento como sujeto, por el acceso a la posibilidad de la existencia en su singularidad, ¿no estaría precisamente colaborando con el mantenimiento de la segregación?

Estación 8 : Eliana Betancourt (APPOA)

-Podemos citar innumerables *transiciones* que suceden en la búsqueda de, o encuentros -elegidos o forzados- con nuevas identidades: cambio de nombre, estado civil, estatus social, profesional, migraciones, etc... Una nueva identidad acecha estas transiciones; si se acomodarán como una identificación, se definirá a lo largo del proceso.

¿Y cuando la *transición* pretende una nueva identidad de género?

Traemos como ejemplo dos nombres: Léa (ficticio) y otro, elegido por ella Caytlin Jenner.

De qué se trata cuando alguien anuncia que "¡hay un error en mi cuerpo!"

Léa decía en análisis: “¡alguien señalará algún error en mi hacer y nada saldrá bien!”.

Sigue: “el otro día vi a una mujer cantando y levantando los brazos y me imaginé lo maravilloso que sería que le amputaran los brazos... que alivio...”

Al tener que operarse para cortar parte de la encía que le crecía sobre los dientes, pasó por momentos de feroz angustia porque no sabía si le había dicho al dentista que se la cortara del tamaño adecuado o no.

En el cuarto cumpleaños de Léa, su padre le hizo un dibujo. Ella había nacido al mediodía.

Dibujó un sol y debajo de ese sol su padre escribió: “Mediodía, instante de la sombra más corta; final del error más largo”, frase de Nietzsche.

Un año después muere el padre. Y fue justo aquí donde Lea quedó enclavada: al final del error más largo y en eterna corrección.

En el Seminario XX *Encore*, Lacan comenta sobre el momento meteórico del amor cortés y el surgimiento del psicoanálisis:

“Sí... está muy claro que de ningún modo es eso lo que arreglará las relaciones del hombre con las mujeres. Es eso, el genio de Freud. (...) Es el salto más gracioso de la santa farsa de la historia. Se podría quizá, mientras que eso dure, ver en esto una pequeña vislumbre, una pequeña vislumbre de algo que concerniría al Otro, al Otro en tanto que es con eso que ~~La~~ mujer tiene que vérselas, ¡sí!”

¿Será que ese “mientras dure” del que habla Lacan está pasando y habría que estar atentos a algo del orden de la *transición* en lo que concierne al Otro y que tal vez ya no tenga nada que ver con esa mujer de la que habla?

Esta transición, una vez más, pasa por el cuerpo.

El fenómeno transgénero solo es posible porque la ciencia acompaña el deseo de *libre elección* que los sujetos creen vivir. Estamos, ante un momento donde nos acecha una nueva angustia: la paradoja de la libre elección de si soy hombre o mujer.

¿Estamos ante un nuevo imperativo?

Traigamos aquí el caso de Bruce que se convirtió en Caitlyn Jenner.

Caitlyn, quien no sólo hizo una de las transiciones más espectaculares, ya que se convirtió en una hermosa mujer, sino que también vivió como un hombre que generaba envidia en los hombres. Era un chico guapo y medalla de oro en los Juegos Olímpicos de 1976; pero no en un solo deporte, sino en el *decatlón*.

Entonces, como Caitlyn dice, sigo pensando que es ese chico medio tonto y disléxico el que anda por aquí. El niño sobrevive bajo las capas de modificaciones en el cuerpo.

En algún momento después de las famosas fotos en *Vanity Fair* dice: "Fue la primera vez que vi una imagen de mí misma, de quien soy. Y me dije "¿sabes qué? ¡Esto saldrá bien! Estaremos bien."

¿De qué *nos* está hablando?

Michel Foucault diz: "demandamos que el sexo diga la verdad, demandamos que nos hable de nuestra verdad, o más bien, de la verdad profundamente enterrada de la verdad sobre nosotros mismos, que creemos poseer en nuestra conciencia inmediata"

¿De qué verdad le estarían pidiendo al cuerpo que hablara, las personas transgénero?

Volvamos a la palabra *poseer* que utilizó Foucault.

Para Winnicott; "El objeto de transición no es un objeto interno, es una posesión. Al mismo tiempo, no es (para el niño) un objeto externo". El objeto transicional es la *primera posesión del no-yo*.

En este proceso de *transición*, hay un encuentro con un nuevo objeto transicional, o un nuevo *no-yo* que posiblemente organizaría aquí la posición tan deseada de estar en el otro género.

Siempre podemos preguntarnos, con Foucault, si no se trata sólo de una posesión de verdad que imaginamos obtener.

¿De qué se trata cuando para corregir un error tengo que involucrar el cuerpo?

La sexuación implicaría un corte real en el cuerpo.

Y... lo que es más importante, como dijo Caitlyn: "Vi mi imagen por primera vez. Quién soy realmente." Pero no fue solo ella quien lo vio. Como un bebé frente a un espejo, tenía millones de ojos que la miraban, la admiraban y decían: ¡qué hermosa!

Es posible que haya un paso por el espejo y una re-adolescencia (es decir, una transición en la que no sé quién soy) en busca de una nueva identidad de género.

Ane Lebovits, al final de la sesión de fotos con Jenner, dijo “Siento como si hubiera visto el “making” de Caitlyn” (el hacerse de Caitlyn).

Ella hizo más que eso, fue la mirada detrás de la cámara que, como la madre frente al espejo, narcisizó el cuerpo del bebé.

^[1] Jacques Lacan. *Otra vez: Seminario XXI (1972-1973)* —inédito— Versión crítica. Establecimiento, traducción y notas de Ricardo Rodríguez Ponte para la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Clase Nro. 8 (13 de marzo de 1975)